

Testimonio del Dr. Gottlieb Bernhardt

Serví a Hitler...

Yo era un agente de las SS alemanas, la guardia selecta de Hitler. En abril de 1945, mientras me hallaba destacado en el castillo de Wewelsburg, recibí la orden de ejecutar a un grupo de prisioneros de un campo de concentración cercano. Los sentenciados eran testigos de Jehová. Las SS exigían obediencia ciega, por lo que ahora tenía ante mí un dilema moral. Permítame explicarle la situación.

NACÍ en 1922 en un pueblo de Alemania, cerca del río Rin. Aunque la gente de aquella zona era en su mayoría católica romana, mi familia pertenecía a un grupo pietista, un movimiento del luteranismo que se originó en el siglo XVII. Yo tenía 11 años cuando Hitler llegó al poder, en 1933. Algunos años después, y gracias a mis sobresalientes logros académicos y deportivos, fui elegido para asistir a una academia en Polonia, a cientos de kilómetros de mi hogar, cerca de Marienburg (actual Malbork). A los estudiantes se nos inculcaban valores como el honor, la diligencia, la lealtad, la obediencia, el sentido del deber y un respeto sagrado a nuestra herencia alemana. Allí me sumergí en la ideología nacionalsocialista (nazi).

Mi encuentro con los testigos de Jehová

A finales de 1944, Himmler me nombró asistente personal de un general de las SS que estaba a cargo del castillo de Wewelsburg. Era una fortaleza de cuatrocientos años ubicada cerca de Paderborn, y Himmler pensaba convertirla en un centro de culto para fomentar la ideología de las SS. También había un pequeño campo de concentración cerca de allí, el de Niederhagen, que incluía una categoría especial de reclusos: los testigos de Jehová, también llamados Estudiantes de la Biblia.

Ernst Specht, uno de aquellos prisioneros, venía para atenderme las heridas. Siempre que llegaba, me decía: “Buenos días, señor”.

—¿Por qué no dice “Heil Hitler”? —le cuestioné una vez.

—Señor, ¿a usted le inculcaron el cristianismo? —me respondió con cautela.

—Claro que sí —le dije—. Me criaron como pietista.

—Entonces —prosiguió— sabrá que la Biblia promete salvación (heil) únicamente por medio de una persona, Jesucristo. Por eso no puedo decir “Heil Hitler”.

—¿Por qué lo encerraron? —pregunté con asombro, pues su respuesta me impresionó.

—Soy Estudiante de la Biblia —contestó.

Así comencé a conversar con Ernst y con Erich Nikolaizig, otro Testigo que trabajaba de peluquero. Pero aquellas conversaciones estaban prohibidas, de modo que mi comandante me ordenó dejar de hablar de temas bíblicos. Sin embargo, el mensaje ya me había llegado al corazón, y estaba convencido de que si todos en Alemania —una nación supuestamente cristiana con millones de feligreses— se hubieran comportado como los Testigos, la guerra jamás habría ocurrido. “Los Testigos deberían ser admirados, no perseguidos”, me decía para mis adentros.

En cierta ocasión recibimos la llamada de una viuda que, con desesperación, nos pidió que lleváramos al hospital a su hijo, pues necesitaba con urgencia que le extirparan el apéndice. Ordené de inmediato que se le proporcionara el transporte, pero mi comandante anuló la orden. ¿Por qué? Resulta que el esposo de la mujer había sido ejecutado por ser miembro de un grupo que había intentado asesinar a Hitler en julio de 1944. El jovencito falleció, y hasta la fecha llevo en mi conciencia el hecho de no haber podido evitarlo.

Para entonces yo solo tenía poco más de 20 años, pero ya me iba dando cuenta de que la vida no era como la pintaba la propaganda nazi. Al mismo tiempo, mi admiración por los testigos de Jehová y sus convicciones aumentaba. Fue entonces cuando tuve que tomar la decisión más difícil de toda mi vida.

En abril de 1945, ante el avance de las fuerzas aliadas hacia Wewelsburg, mi superior huyó por su vida. Entonces llegó una unidad militar con órdenes de Himmler de destruir el castillo y ejecutar a los prisioneros. El comandante del campo de concentración cercano me entregó una lista de los prisioneros que debían morir. Todos eran testigos de Jehová. Pero ¿por qué ellos? Porque, escondidos en los edificios del castillo, había varios tesoros, obras de arte que el Tercer Reich había saqueado, y supuestamente los Testigos sabían dónde estaban. ¡El secreto debía mantenerse seguro! Y yo, ¿qué debía hacer?

Dirigiéndome al comandante del campo de concentración, le dije: “Las tropas estadounidenses están cada vez más cerca. ¿No cree que sería mejor que usted y sus hombres se retiraran?”. ¡No tuve que insistirle mucho! Al quedarme solo, hice lo que jamás le pasaría por la mente a ningún guardia de las SS: desobedecí la orden y dejé a los Testigos con vida.

Fuente: Biblioteca Virtual WatchTower

<http://wol.jw.org/es/wol/d/r4/lp-s/102010048#h=31>